

Congreso Iberoamericano de Educación

METAS 2021

Un congreso para que pensemos entre todos la educación que queremos
Buenos Aires, República Argentina. 13, 14 y 15 de septiembre de 2010

EDUCACIÓN PARA LA CIUDADANÍA

Posibilitar ciudadanías en la era digital

Genaro Aguirre Aguilár; Jorge
Campa Pérez; Ferrer Arturo
González Lima¹

¹ Universidad Veracruzana. geaguirre@uv.mx; jcampa@uv.mx; ferreragl@yahoo.com.mx

INTRODUCCIÓN

Una de las necesidades acuciantes que hoy debería regir el sentido y la misma acción educativa, es la formación de actores sociales que favorezcan el desarrollo sostenible de la región a la que pertenecen. Igualmente, es altamente recomendable asumir en estos procesos educativos la posibilidad de que las experiencias de aprendizaje se encuentren contextualizadas, es decir, que partan del reconocimiento de los diversos fenómenos que se presentan en lo cotidiano para favorecer las condiciones de generación de conocimiento pertinente que contribuya a la distensión o solución de los conflictos.

Tanto la UNESCO, como la misma Organización de Estados Iberoamericanos, han realizado esfuerzos significativos para el impulso de políticas y espacios que propicien esa transformación. Para el caso mexicano, el gobierno federal ha establecido en los planes nacionales y estatales de educación la necesidad no sólo de responder a estas orientaciones internacionales, sino de adecuarlas al mundo de significados y prácticas de las diversas poblaciones o localidades que componen la nación mexicana.

En esta tesitura, algunas instituciones educativas del Estado de Veracruz y específicamente de la zona conurbada analizada, han debatido en foros académicos la pertinencia para fortalecer una cultura ciudadana que contribuya a enfrentar los rezagos sociales, económicos, urbanos, ecológicos, culturales y políticos que como sociedad tenemos. En esta perspectiva, algunas instituciones educativas de la región promueven programas o campañas temáticas para concientizar y hacer participar a los niños, jóvenes y adultos en la solución de estos problemas.

Pareciese que todas estas acciones cumplen con sus objetivos, tanto que sus logros suelen ser mencionados en informes de distintas organizaciones públicas o privadas. Sin embargo, comprender lo educativo supone un tramado complejo de relaciones, estructuras y dinámicas que preservan capitales simbólicos, ideas y prácticas que -no necesariamente- ayudan o se corresponden con los discursos oficiales.

Al respecto, una pregunta pertinente sería, ¿en los programas que diseñan o definen las políticas educativas desde la federación, se contemplan los *habitus* ciudadanos así como las diversas identidades que cohabitan en las distintas regiones o municipios del país? En este sentido, ¿las formas de vida que se resignifican en la interacción cultural cotidiana están habilitadas para responder a las premisas internacionales de innovación educativa?

Si bien cierto para educar es necesario reconocer el estado inicial de los agentes educativos, hemos también de reconocer la pertinencia del contexto vital de los estudiantes como de los otros agentes de la educación. A partir de esta consideración, una serie de preguntas para quienes escribimos se nos hacen apremiantes: ¿Acaso en los centros educativos contamos con el apoyo de los padres de familia o los empresarios o los mismos integrantes de la institución en la que laboramos para fomentar una ciudadanía que responda al devenir histórico que construye la subjetividad en la región de Veracruz?, ¿los docentes estamos conscientes de los grandes rezagos que observa la población que atendemos como para diseñar tácticas educativas contextualizadas, de tal manera que permita reconocer a los estudiantes como co-responsables en la solución de los diversos problemas que afectan a la ciudad en la que habitan?

¿Cómo colectivo académico reconocemos las condiciones de posibilidad para generar una tipo ciudadanía localizada a partir de los diversos procesos de subjetividad articulados en los salones de clase?, ¿el contexto vital que viven nuestros alumnos nos permite como educadores –sin excluir a los gestores educativos– colaborar en la construcción de identidades cívicas que respondan a los múltiples y complejos problemas públicos que se reproducen en nuestras sociedades?

Las anteriores preguntas nos llevan a repensar algunas premisas tanto del contexto sociocultural como de la acción educativa para posibilitar la formación de un ciudadano cuyo proceso de subjetivación difiere de los criterios del sujeto moderno si atendemos a una perspectiva filosófica (León y Zemelman, 1997: p. 96), pero que por sus dinámicas cotidianas y el sentido de comunidad que experiencia en el terreno virtual, nos hace pensar que puede llegar a ser responsable del tiempo histórico en el que se encuentra inmerso.

Por ello esta disertación parte del reconocimiento a las condiciones en las que se encuentra la población de la zona metropolitana de Veracruz como colectivo multicultural, en su tecnocultura y el estado de las identidades ciudadanas en la era digital, para estar en condiciones reales de esbozar una serie de reflexiones en torno a lo educativo para plantear una posible agenda que promueva una ciudadanía mínima al emplear las formas juveniles de apropiación y resignificación de sus lenguajes y prácticas cotidianas.

LO MULTICULTURAL DEL CONTEXTO VERACRUZANO

La ciudad de Veracruz y su zona metropolitana en los últimos veinte años ha mostrado una transformación que impacta en lo urbano, lo arquitectónico, lo económico, lo social y lo cultural; algo que sin duda incide en las formas de pensar, representar o nombrar a esta histórica ciudad, tanto como las maneras de vivir y habitar un contexto urbano en el cual su infraestructura, su equipamiento como su oferta cultural, han permitido a sus habitantes construir una experiencia citadina particularmente distinta a la de hace 30 años.

Si hiciéramos una exploración a través del *google earth* tendríamos la ocasión de ubicar el perímetro de la mancha urbana que, comparado con un mapa de hace un par de décadas, pudiéramos reconocer un crecimiento y movilidad poblacional como muestra de un fenómeno que explotó hacia la década de los 90. En esta tesitura, con pertinencia valdría la pena preguntarse, ¿quienes comenzaron a demandar residencias, casas de interés social, espacios para asentarse irregularmente? Seguramente los nativos como un importante movimiento migrante observado en los últimos años, han hecho de este territorio un ejemplo para entender las maneras en que la historia, la cultura y los goznes de una globalización localizada vienen diversificando la composición, las dinámicas y las lógicas desde las cuales esta zona metropolitana en imaginada, narrada o vivida.

Para quienes en Veracruz nacimos, es notorio reconocer la diversidad cultural existente en los vecindarios, en los barrios como en los fraccionamientos o en los recientes desarrollos residenciales en zonas privilegiadas que han ido constituyéndose en las periferias de la conurbación con el Municipio de Boca del Río. He aquí coincidencias para ocupar un territorio, para hacer de áreas verdes, de parques, jardines y paseos urbanos, espacios comunes para una socialización pero donde las propias trayectorias de los grupos sociales o biografías familiares, construyen

diferencialmente los procesos de apropiación de tales espacios urbanos. Son sin duda los distintos capitales, una condición histórico-cultural que pudiera ser un referente en el contexto de reflexión que nos ocupa: cómo construir una experiencia de ciudadana mínima desde contextos educativos entreverados por una condición multicultural observada y vivida en la zona metropolitana de Veracruz. Es decir, en un contexto de diferenciación, diversificación así como de desigualdades, los grupos sociales que cohabitan en este contexto social, requerirían de acompañamientos socio-cognitivos que les permitan reconocer en las pluralidades, las diversidades o desigualdades dispositivos articuladores que definen las vidas cotidianas pero también llegan a enriquecer el sentido de comunidad y sus identidades. Por ello mismo, comprender la composición multicultural veracruzana, avala considerar como premisa educativa potenciar la diversidad socio demográfica en aras de un espíritu de subjetividad mínima que dimensione lo intercultural como experiencia recuperada junto al otro.

Un aprendizaje de esta naturaleza, demanda de una reflexión académica que dimensione la importancia del multiculturalismo. Es decir, toca a los profesores contribuir al enriquecimiento de las experiencias educativas a través de procesos de aprendizaje donde también la socialidad se entienda como una experiencia multicultural que ennoblece el espíritu de humanidad que debe estar en el centro de la formación de nuestros estudiantes. Para ello, evitar suscribirse exclusivamente a la idea de la etnicidad o sus demandas, al favorecer horizontes de inclusión en donde el género, las historias personales y trayectorias grupales como individuales, configuren una trama de significados pero igual de sentidos que es urgente visibilizar. Apostar por una mirada desde la diversidad cultural, sin duda alguna ofrecería más “opciones para cada individuo” al dar oportunidad de “ampliar su ámbito de elección” (Kymlicka, 2002: p.171) y con ello enriquecer estéticamente un mundo que se le revela más interesante en la medida de tener acercamientos a modelos organizativos y cosmogónicos diferentes.

Comprender la composición social del Veracruz al que hacemos referencia, es reconocer que también en los ámbitos educativos y en las aulas en lo particular, transitan experiencias de desigualdad, de asimetrías intelectuales, inteligencias plurales como una evidente descompensación en las oportunidades que posibiliten experiencias cognitivas comunes. O sea, en una zona metropolitana como la de Veracruz, los relatos o narrativas se construyen desde sujetos investidos de desigualdades. Y aquí no nos referimos sólo a los estudiantes, también reconocemos a los propios profesores, quienes viven procesos de desfasamiento en cuanto a las formas de comprensión o de apropiación de los discursos que están redefiniendo a la educación contemporánea. No estaríamos errando al señalar que en nuestro país, son pocas las instituciones educativas que están capacitando a quienes tienen el rol de acompañar a las nuevas generaciones en el conocimiento y aprecio de la riqueza que caracteriza a las culturas. De allí que asumamos la interculturalidad como una perspectiva para dar lugar a la diversidad, pero también promotora del “acceso a la escolaridad en sus verdaderas condiciones de equidad.” (Martínez Casas pp. 259-260)

TECNOCULTURA E IDENTIDADES LOCALES

Reconocer las maneras en que la cultura urbana se constituye, es atender a la multiplicidad de factores históricos, sociales y culturales que vienen incidiendo en los procesos de conformación del vivir y habitar ciudadano. Cómo hemos dicho antes, la ciudad se articula, se constituye o tiene sentido a partir de una serie de referentes relacionado con la infraestructura y el equipamiento urbano; en ella cohabita una

comunidad de sentido que ha ido aprendiendo a convivir en la diversidad social, cultural y étnica.

Es a partir de aquí que queremos reflexionar sobre las maneras en que la tecnología se ha ido incorporando a las vidas de los urbanitas, pues quizá como nunca, en las ciudades de hoy se están observando las transformaciones que definen la vida líquida a la que hace referencia Zygmunt Bauman (2006), especialmente al hablar de los modelos, las fórmulas y el tipo de subjetividades que caracterizan un estilo de vida urbano en el que lo perecedero, lo inmediato, lo desechable sienta algunas de las bases de socialidad en esta era de la información.

La experiencia urbana como quizá antes no se había visto, es el ejemplo más acabado del relativismo espacio/temporal, sobre todo al observar la forma en que la socialidad humana ha deslocalizado el lugar como referente único para pensar las interacciones sociales, al encuentro cara a cara como experiencia para privilegiar los reconocimientos o el espacio físico como posibilitador de identidades (García Canclini, 2004). Hoy, la llamada tecnocultura (Yehyaf, 2008) muestra la forma en que la tecnología de última generación ha venido a incorporarse a nuestras cotidianidades para detonar procesos comunitarios como no teníamos idea ni tampoco experiencia.

Desde el surgimiento de la Internet y la telefonía celular, hasta el Ipad y el Kinect y todo aquel dispositivo digital que se ha ido incorporando a la vida cotidiana para facilitar procesos o redefinir los tiempos de ocio, sin duda representan una ocasión para reflexionar académica como culturalmente. Decimos esto porque pareciera que casi siempre al analizar las relaciones que tienen las nuevas generaciones con estos recursos tecnológicos, suele quedar ausente la dimensión cultural, histórica y social como punto de inflexión para dimensionar aquello que nos podemos estar perdiendo quienes desde los centros de enseñanza hablamos de ellas pero sin tender los puentes para atraerlos a los espacios educativos institucionales. ¿Acaso estas formas emergentes en la configuración de una vida social mediada por las nuevas tecnologías no muestran signos de organización y reconocimiento comunitario como para hablar de una ciudadanía digital que puede hacerse extensiva a la vida real? Pudiera ser que sí, pero lo observado en Veracruz es de un desencanto tal, que existe una participación nula en la vida política institucionalizada de esa localidad.

DE LA VULNERABILIDAD CIUDADANA EN EL PUERTO

Hablar del bajo nivel de cultura política en la población veracruzana implica la necesidad de hacer un recorrido por la experiencia de la acción colectiva en el puerto, así como a los procesos de conformación de una ciudadanía siempre en ciernes.

La realidad ahora vivida presenta rasgos diversos probablemente fomentados por el tipo de calidad de la democracia o la cultura política que tenemos en Veracruz. Por un lado, la intención del gobierno del estado para impulsar el desarrollo urbano del puerto, ha facilitado la movilidad migrante como el asentamiento de personas que no necesariamente han compartido los procesos históricos de la localidad y por tanto, guardan poca relación real o simbólica con aquello que podemos llamar patrimonio cultural.

Por otro lado, la adopción de una economía de mercado neoliberal reflejada en la adopción de una cultura del consumo por parte de una población que ha vivido una transformación en muchos renglones de su vida diaria: la incorporación de lo

tecnológico a sus quehaceres cotidianos, el incremento en el renglón de servicios turísticos, la diversificación de su economía local, que ante una sobre oferta de mano de obra profesional sin respuesta, ha orillado a los habitantes a generar negocios familiares, individuales de muy diversos giros para así medianamente satisfacer las necesidades que las familias tienen.

Si bien es cierto, que hace 25 años la cultura política enraizada en la región era aquella en la que el asociacionismo, los compadrazgos y la militancia, garantizaban la protección del Estado o el bienestar de sus ciudadanos, hoy nos topamos con una gestión pública débil, incapaz de proveer las condiciones de desarrollo mediante el diseño eficiente de políticas públicas e incluso, para la procuración de seguridad y justicia. Lo que se observa es una ineficacia gubernamental producto una enmarañada cultura de la gestión pública altamente burocratizada y promotora de la corrupción; desdibujando las garantías que supone un estado de derecho democrático. Todo esto promueve un desencanto ciudadano, pero también genera incertidumbre, impunidad, incluso formas de violencia.

De tal forma que, de ser una ciudadanía dependiente de un estado proteccionista, ha pasado a ser una sin anclaje social, abandonada a una cultura de subsistencia; es decir, sin garantías sociales, sin un futuro de bienestar que desarrolle mejores condiciones de vida, e incluso, sin un capital democrático que posibilite relaciones de equidad y mucho menos para comprender los riesgos de vivir en condiciones de incivildad, ignorancia, pobreza y por ende de vulnerabilidad.

Aunque el puerto veracruzano siga conservando el espíritu festivo y carnestolendo propio de su historia comunitaria, cada vez más se convierte en un espacio poco favorable para un desarrollo humano sustentable. Por ejemplo, las redes sociales concretas suelen permanecer desdibujadas en el espacio público, mientras que la acción colectiva de pequeños grupos o asociaciones suelen conformarse con la defensa de intereses de grupo más que del bien común.

En esta tesitura, el tejido social de la zona conurbada, se encuentra débil o poco articulado frente a proyectos que puedan ir mejorando las condiciones reales de la población, pues el tipo de cultura cívica que dejaron los gobiernos emanados del PRI tras 72 años de mandatos, continúa vigente en la reproducción de capitales de distintos cuño que ve por lo individual antes que lo colectivo.

Es decir, se aprecia una realidad democrática ficticia, sostenida por la estructura y rancios procesos políticos, pero no por una efectiva participación cívica o ciudadana; por lo tanto, hoy menos que nunca está en posibilidad o acostumbrado a defender sus derechos o cumplir con sus obligaciones. Pareciera que los imaginarios colectivos se debaten entre reconocer la nula funcionalidad del gobierno y la infructífera indignación que esto acarrea. Pero también hay que decirlo, del otro lado, pervive la aceptación de una cultura definidora de un *status quo* del que es preferible formar parte o aspirar a él, antes que quedar excluido.

En esta esquizofrenia democrática-asociacionista solo se reconoce la posibilidad de obtener una mejor calidad de vida si se pertenece a un sindicato, a un partido político, a determinadas asociaciones gubernamentales, que en general difieren en su conjunto de un proyecto encaminado al desarrollo regional. Están más dirigidas a resolver los problemas del hoy, que a visualizar mejorar las del mañana.

HACIA UNA SUBJETIVIDAD MÍNIMA EN EL PUERTO VERACRUZANO

Nuestros jóvenes universitarios en la zona metropolitana de Veracruz, también se caracterizan por su desencanto para conocer y aprender, por su ausencia de voluntad y pasión para trazarse y conseguir metas, incluso por una terrible inhabilidad para leer, comprender y analizar contextos, tendencias o coyunturas que les permitan entender su presente para así definir su futuro. Tienen a vivir del momento, a pensarse como totalmente autónomos y «originales», a abandonarse a la experiencia lúdica pero pocas veces razonada frente a las exigencias de este mundo neoliberal que obliga al desarrollo de otras competencias.

Ellos han trastocado las normas sociales y jurídicas que regían en otro momento, aduciendo a la libertad de elección, pero también como respuesta a la impunidad que rige en un país como México, donde no necesariamente se sanciona a quienes han violado la ley. Es decir, una involuntaria manera de mostrarse en una sociedad donde rendir cuentas no «significa nada».

En la zona conurbada, nuestros jóvenes universitarios saben que se encuentran estudiando una profesión que no necesariamente les garantiza un trabajo (si es que encuentran alguna oferta que les atraiga o que por lo menos les ofrezca una remuneración), mostrando en esto otro ángulo de la desesperanza o apatía con la que viven, pues lo único seguro es la desconfianza o incertidumbre con que se reproduce el día con día. Son nativos de la perplejidad y de las crisis económicas que durante más de 30 años han definido las últimas generaciones en nuestro país.

De tal suerte no tendría que sorprendernos su casi nulo nivel de participación como ciudadanos, pues desde sus perspectivas es poco interesante escuchar a un experto, asistir a un evento para reflexionar sobre algún tema o conocer aquellas otras realidades que definen las asimétricas modernidades que vivimos lo mexicano: después de todo no dejan de ser la recreación de una realidad que les resulta «distante» o «poco significativa». En reconocimiento a sus nuevas espacio/temporalidades, estos estudiantes son de atención corta más que dispersa: viven en lo efímero (Lipovetsky, 2005) y son el mejor ejemplo del sujeto propio de una sociedad líquida (Bauman, 2006). Aunado a una manifiesta desconfianza hacia casi todos sus interlocutores, pues de manera reiterada algunos de esos interlocutores, retóricamente hablamos de lo que «deberíamos hacer», pero poco predicamos con el ejemplo. Para muestra lo que nos han dado algunos políticos, representantes religiosos e incluso profesores.

Por lo mismo, nos parece que no es gratuito el desinterés que tienen nuestros estudiantes en torno a la participación activa en lo público, de allí el refugio que encuentran en un espacio que ellos pueden dominar, favorecer o estar sin mayores complicaciones, como es el caso de las redes sociales virtuales o el uso de tecnologías de información o recreación para construir un sentido de comunidad que se mueve entre el goce, lo estético, lo lúdico. Al respecto tenemos que preguntamos: ¿Acaso esto no representa un reencuentro novedoso con la idea de comunidad o la misma búsqueda de un sentido de pertenencia propio de estos tiempos de desencanto donde el individualismo se impone?

LO VIRTUAL EN UNA MIRADA GLOCAL

En sociedades como la veracruzana, las contradicciones se muestran con mayor énfasis en dos realidades que habita o vive una buena parte de nuestros jóvenes: la que se respira y en donde se sobrevive diariamente, además de aquella que se posibilita en el ejercicio de una subjetividad virtual. La primera dura, desencantada, crítica; la otra proveedora de novedosos satisfactores propios de los mundos virtuales. He aquí que a diferencia de lo que ocurre en la real, donde existe una ausencia de participación social que constituya sentido de comunidad, la definición de comunidades o redes virtuales son signos de una nueva socialidad, de dinámicas identitarias emergentes, de reconocimiento y definición de nuevas subjetividades (Castells, 2001).

Sin embargo, estas presentan características distintas a las formas de socialización localizada, pues al eliminar condiciones espacio/temporales, no es necesario relacionarse cara a cara con el otro; interacción que implica un encuentro con el lenguaje corporal y el mundo emocional que se reconoce en el contacto físico.

En las redes sociales o comunidades virtuales nos encontramos con la posibilidad de interactuar con diferentes personas para compartir distintos estados emocionales. Con ellos podemos interrumpir la conversación o evitarla en el momento en el que se desee, o cuando «algo» ya no guste ni agrade. Es decir, es un espacio de encuentro de voluntades que bajo ese mismo criterio se establece o inhabilita. Por otro lado, en cuanto a la manera de participar, estos medios nos permiten coincidir con diversos estilos de vida, como cibernautas espectadores o partícipes instantáneos o momentáneos de los mismos, sin mayor compromiso que un «guiño», un «emoticon» o un «voyerismo» contemplativo.

La posibilidad de expresarse quedará limitada o extendida de acuerdo a las personas que cada usuario voluntariamente les ha conferido el derecho de seguirle y de interactuar con él, pero en caso de no cumplir con el protocolo de esta cultura virtual, se puede recurrir a bloquearlo, incluso a eliminarlo de su lista de contactos.

En este sentido, el uso cotidiano que adolescentes y jóvenes dan a las redes sociales virtuales es la en un espacio sujeto a los deseos de las individualidades, al permitir estar vinculado a voluntad, probablemente con la intención de hacer pública la vida privada en una socialidad creada y permitida por el individuo. Es decir, de hacerse presente en un espacio cibernético intencional y perdurable de acuerdo a la voluntad de querer.

Es cierto entonces que se haya translocalizada la convivencia, por lo que también se han transformado los límites que la interacción cuerpo a cuerpo brinda a la convivencia humana y a las formas de representación de lo social, lo espacial y lo relacional. Muy probablemente mucho más congruentes con los diversos sentires y actitudes personales, que aquellos contextos sugeridos por lo geofísico o presencial. Aunque los mismos usuarios siguen reconociendo las deficiencias que se tienen para consolidar relaciones más cercanas mediante estos medios.

Por ejemplo, a través de dispositivos de interacción simultánea como los chats, la posibilidad de generar ciertos acercamientos sentimentales ha ido en aumento. Sin embargo, en los usuarios existe la conciencia de que el otro, oculto tras un monitor, es en parte un desconocido, pues a esta relación hace falta el reconocimiento que supone lo corporal; experiencia intersubjetiva que nos permite reconocer la actitud del interlocutor frente a nuestra comunicación.

La confianza en un amigo de la Internet es posible, gracias al acuerdo de un medio que facilita o promueve la reproducción voluntaria de individualidades múltiples; es decir, la constitución de identidades o personalidades diversas que no necesariamente responden a la real, a la de «carne y hueso» del cibernauta, algo que se permite gracias al protocolo que han definido los propios usuarios.

Asimismo, si hablamos de la colaboración a través de estos medios, se puede decir que pueden establecerse ciertas comunicaciones masivas, pero no necesariamente que lleven a la acción, pues si algo caracteriza al ciudadano contemporáneo es la separación entre su opinión y su actuación. La cual solo se mueve cuando denota un interés propio que no represente grandes sacrificios personales o un impacto en su estilo de vida. (Lipovetsky, 2005)

Sin embargo, hemos de reconocer que la interacción o interactividad que nos ofrecen las redes sociales, comunidades virtuales u otros recursos tecnológicos, supone la configuración de un espacio común que se ha sumado a las vidas cotidianas de miles de personas, en donde se establecen y manifiestan diversos referentes, sociales, culturales, educativos que llevan a pensar en algo más que una comunidad imaginada por el tipo de capital simbólico que poseen los usuarios.

DE LO LOCAL Y NUEVOS TERRITORIOS DE APRENDIZAJES

En virtud de ello, como docentes universitarios asumimos como responsabilidad la posibilidad de definir lo que serían nuevas agendas e itinerarios para repensar la vida social y ciudadana desde los reductos propios de lo educativo, específicamente desde una idea de lo local que recupere algunas premisas de la sociedad de la información pero aprovechando la idea de un sujeto reflexivo que posibilite la constitución de una subjetividad mínima, reconociendo las propias asimetrías con las que se vive y habita en la era digital o de las redes (Crovi Drueta (2006), es decir desde la constitución de identidades que presentan un mínimo de prácticas o sentidos para una ciudadanía democrática (León y Zemelman, 1997) de nuevo cuño por su tipo de configuración.

Para ello partimos de una premisa: la educación para la ciudadanía debiera iniciar el reconocimiento de las complejidades con que se habitan y viven en las localidades; es decir, si hablamos de una experiencia educativa orientada por un constructivismo sociocultural, es pertinente reconocer las asimetrías que caracterizan a las sociedades iberoamericanas, por lo tanto las desigualdades que definen las inteligencias, los saberes como las competencias o habilidades de los sujetos educativos, incluidos los propios docentes y todos aquellos profesionistas que venimos haciendo de la academia un proyecto de vida.

En tal tesitura, como parte de nuestras prácticas docentes, hemos venido sumando a nuestros ejercicios escolares la idea de subjetividad mínima entre nuestros estudiantes veracruzanos, quienes ante el resquebrajamiento del sentido de vida y la ausencia de referentes significativos que como generación comparten, creemos conveniente repensar su formación como ciudadanos. Este reconocimiento exige potenciar formas de convivencia humanamente posibles, en medio de una retórica neoliberal que avasalla u obvia lo diferente, lo desigual cuando se trata de regodearse en los usos de las nuevas tecnologías.

Por ello es importante atraer al análisis una serie de consideraciones epistémicas así como teórico/metodológicas para dar viabilidad a una propuesta que

parte del «mundo que es» pero también del que «podrá ser» en la medida que recuperemos la imaginación reflexiva para diseñar estrategias de intervención o dinámicas de aprendizajes que también promuevan una conciencia «del hoy »para una «ciudadanía del mañana». Y allí la pluralidad, la diversidad, la diferencia como el reconocimiento a las desigualdades sociales tanto como intelectuales, debieran ser algunos aspectos a considerar en una travesía educacional que entienda lo intercultural tanto como lo razonablemente emotivo.

Si bien es cierto la Internet, los pizarrones inteligentes, las Tic's como dispositivos genéricos, cada vez son más frecuentes en la gestión áulica, no es extraño reconocer que el diseño estratégico de ciertas actividades apoyadas en este tipo de recursos, suelen encontrar trabas actitudinales o cognitivas o pragmáticas cuando de protocolizar procesos asistidos por las nuevas tecnologías de comunicación e información se trata.

Decimos esto porque en nuestra experiencia universitaria, de licenciatura como de postgrado, no son pocas las muestras de desinterés o inhabilidad con que actúan nuestros estudiantes. Contradictorio sin duda, si como parte de los reconocimientos tenemos que asumir son los jóvenes quienes en el uso de estos recursos demuestran no sólo conocimientos y destrezas sino también formas de organización comunitaria, mismas que valdría la pena recuperar para generar ambientes de aprendizajes donde la planeación, la colaboración, el diálogo generen una experiencia de alteridad que apuntale el sentido de comunidad o de pertenencia a un colectivo cuyo aprendizaje depende de la intervención de todos.

Es decir, así como en las comunidades y redes sociales como el *faceboock*, *myspace.com*, *youtube.com*, *messenger*, *twitter*, los *blogs*, los jóvenes han venido configurando un potente espacio social, que no sólo ha hecho visible formas de organización sino definido diversos perfiles de ciudadanía digital, los académicos esperaríamos que procesos de aprendizaje centrados en el uso de estos recursos, facilitarían la gestión educativa en un contexto como el de Veracruz donde, ya se ha dicho, las nuevas tecnologías han invadido nuestros hogares, sea como dispositivos o medios para cohabitar en la era de las redes.

Como seguro ocurre en otros contextos sociales iberoamericanos, de América Latina o específicamente de México, junto a la diversidad tenemos que atender las diferencias, pues la franja de vulnerabilidad que se vive, se reproduce en los capitales, como en la información y las habilidades con los que cuentan nuestros ciudadanos. Por ejemplo, hoy cuando se habla de "sociedad de la información", de "sociedad del conocimiento", "de comunidades virtuales", de "ciudadanías digitales", quienes venimos de Veracruz nos hemos preguntado muchas veces: ¿cuántos docentes han tenido la oportunidad de dimensionar, de comprender, de problematizar sobre este mundo o estos fenómenos contemporáneos desde sus propias incertidumbres o temores? No dudemos, estos dilemas hacen urgente una mirada reflexiva pero también pragmática como para entender lo razonable que es recuperar nuestras experiencias interculturales para comenzar a definir agendas que lleven a itinerarios de aprendizaje donde lo diverso o desigual, den articulación y sentido a una acción educativa flexible, integral, pertinente. Esto no es futuro, es un presente apremiante en Veracruz y nuestros espacios educativos.

PARA UNA AGENDA Y CONCLUSIÓN POSIBLE

En nuestra disertación, creemos haber dibujado un mapa o una genealogía desde dónde creemos pertinente pensar la constitución de un sujeto mínimo, un ciudadano con conciencia histórico-social que le permita dar sentido a un proyecto de futuro, sin obviar un presente endémico casi siempre desesperanzador producto de la ineficacia gubernamental, de un tejido social diluido, de las desganas adolescentes y las ausencias de expectativas juveniles, hasta cierto modo congruentes con las tendencias globales y locales que poco garantizan un estado de bienestar para quienes son actualmente nuestros estudiantes.

Lo que sí es cierto, es que al tenor de las reformas educativas más o menos adoptadas pero pocas veces adecuadas, no son menores las experiencias fallidas. Pero no hablemos de esto, sino *de lo que creemos se pudiera hacer partiendo de un razonamiento reflexivo y práctico*: nadie como las nuevas generaciones para observar los puertos a donde puede llegar la domesticación de las nuevas tecnologías, ninguna generación como la actual para mostrar las maneras en que los nuevos territorios de socialización para la procuración de distintos aprendizajes a partir de los usos o apropiación de las tecnologías comunicacionales o informáticas, pues quizá como nunca nuestros estudiantes han alcanzado una alfabetización tecno-comunicativa (Sierra Caballero, 2006) que sorprende, que asombra por la resignificación de sus tiempos de ocio, pero también por el tenor lúdico con que construyen nuevos escenarios de pertenencia que deslocalizan viejas concepciones de socialización para situarlas en ambientes que agotan cada vez más la idea primaria que se tenía de lo virtual.

Pero también aclaremos algo: la tecnocultura (Yehyaf, 2008) que viven nuestros estudiantes, no necesariamente demuestra la pertinencia en el uso de tales tecnologías, pues suele ser común en nuestra experiencia académica desencantarnos ante la dificultad que presentan los estudiantes para constituirse en una comunidad de aprendizaje en ambientes cibernéticos. Es decir, si bien en su vida cotidiana muestran dominios y habilidades al emplear estos dispositivos tecnológicos, cuando se trata de atraerlos como recursos para el diseño de estrategias de aprendizaje, solemos enfrentar un cierto analfabetismo funcional por su inoperancia ante el diseño de ambientes virtuales que posibiliten un aprendizaje colaborativo en línea para generar una experiencia educativa deslocalizada que complemente lo vivido en el aula.

Qué hacer frente a esto no es una pregunta ociosa, sino medular desde una perspectiva fenomenológica y educativa (Aguirre, 2010). Centrándonos en lo educativo, el docente se enfrenta a una disyuntiva: consolidar sus propios dominios tecno-pedagógicos para dar viabilidad a una agenda que diversifique sus estrategias didácticas fuera del aula, pero al mismo tiempo fomentar acciones que sensibilicen a los estudiantes en torno al desarrollo de una *cibercultura* (González, Amuzurrutia y Mass, 2009) enraizadas en lo local, en el centro de las diversas problemáticas socio-laborales que afectan cualquier posible desarrollo deseable; es decir, hacerles ver que la configuración de un grupo de trabajo colaborativo en línea con proyectos situados en su realidad, no sólo atiende a una necesidad de innovación, sino también promueve el sentido de pertenencia a una comunidad de aprendizaje que alimenta las identidades individuales y colectivas; además de colocar en los horizontes de la comprensión estudiantil, que allí también se es agente de aprendizaje, ciudadano participante, sin dejar de mencionar que contribuye a la definición de un sujeto mínimo que se fortalece cuando se acuerpa en un espacio de socialidad académica para lo

cual resulta necesario ser solidario mediante el respeto a los acuerdos colectivos, a las responsabilidades asumidas y los derechos reconocidos, mismos que un profesor puede consensuar para protocolizar no solo los usos de las nuevas Tic's, sino toda una experiencia de aprendizaje, en su planeación, organización, dirección y evaluación. Es decir, promover en ellos un ejercicio de resignificación de sus propias experiencias en torno a la gestión cotidiana que realizan en sus redes sociales, sólo que vistas desde lo académico para la gestión de aprendizajes, incluida una subjetividad mínima para una ciudadanía posible en esta era digital.

FUENTES DE CONSULTA

1. AGUIRRE AGUILAR, G. *De fronteras... mares. Reflexiones locales para una sociedad del conocimiento*. Plaza y Valdés/ Universidad Veracruzana/ Facultad de Pedagogía/Maestría en Didáctica de las Ciencias Sociales/ Comunicación y Estudios Emergentes, México, 2010. [202 pp.]
2. BAUMAN, Z. (2006) *Vida líquida*. Col. Estado y Sociedad. Paidós, México.[206 pp.]
3. BAZDRESCH PARADA, M. "Ciudadanos de tiempo completo". En la Revista *Renglones*, Num 55 Octubre Diciembre, ITESO, México, 2003. [pp.9-12]
4. CASTELLS, M. *La era de la información. Economía, sociedad y cultural*. Vol. II. El poder de la identidad. Siglo XXI editores, México, 2001. [495 pp.]
5. CROVI DRUETA, D. *Educación en la era de las redes*. Universidad Autónoma de México, México, 2006. [195 pp]
6. GARCÍA CANCLINI, N. *Diferentes, desiguales y desconectados: mapas de la interculturalidad*. Gedisa, España, 2004. [223 pp.]
7. GONZÁLEZ HURTADO, R. "Del patriotismo a la ciudadanía participativa. La formación cívica en las escuelas mexicanas".En la Revista *Renglones*, Num 55 Octubre Diciembre, ITESO, México, 2003. [pp. 38-44]
8. GONZÁLEZ, J. A. [coord.], J. A. Amuzurrutia y M. Maass. *Cibercultur@ e iniciación a la investigación*. Col. Intersecciones. CONACULTA/Centro de Investigación Multidisciplinaria en Ciencias Sociales/UNAM/Intituto Mexiquense de Cultura, México, 2009. [341 pp.]
9. KYMLICKA, W. *Ciudadanía multicultural*. Col. Estado y sociedad. Paidós, España, 2002. [303 pp.]
10. LECHER, N. "¿Cómo construimos un nosotros?". En la Revista *Metapolítica* No. 29, Volumen 7 mayo/junio, México, 2000. [pp. 52-65]
11. LEON, E. y Hugo Zemelman [coord.] *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Anthropos/UNAM, México, 1997. [174 pp.]
12. LIPOVETSKY, G. *El crepúsculo del deber*. Anagrama, España, 2005. [288 pp.]
13. MARTÍNEZ CASAS, R. "Diversidad y educación intercultural", (pp. 341-360). En GUTIÉRREZ MARTÍNEZ, D. [coord..] *Multiculturalismo. Desafíos y perspectivas*. UNAM/COLEGIO DE MÉXICO/SIGLO XXI. México, 2006. [360 pp.]
14. TOURAINE, A. *¿Qué es la Democracia?* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 2000. [309 pp.]
15. WIEVIORKA, M. "Cultura, sociedad y democracia", (pp. 25-76) En GUTIÉRREZ MARTÍNEZ, D. [coord.] *Multiculturalismo. Desafíos y perspectivas*. UNAM/COLEGIO DE MÉXICO/SIGLO XXI, México, 2006. [360 pp.]

16. YEHYA, N. *Tecnocultura: el espacio íntimo transformado en tiempos de paz y guerra*. Col. Ensayos. Tusquets editores, México, 2008. [290 pp.]